

De la pintura al texto

Obra pictórica de Edgar Zúñiga

Galería Arte 99

28-1-02

Hay tanta soledad en ese oro.
La luna de las noches no es la luna
que vio el primer Adán. Los largos siglos
de la vigilia humana la han colmado
de antiguo llanto. Mírala. Es tu espejo.

Borges. (Obra poética No. 3)

Una obra artística, no importa su índole, se materializa después de un periodo de asimilación de ideas y vivencias en integración o desintegración con el espacio histórico en que se realiza, además de la investigación, sensibilidad y conocimiento unido al sentido abstracto y metafísico que evoca lo inconsciente. Es un proceso en constante devenir.

Abordar la obra pictórica de Edgar Zúñiga implica tener presente ese proceso intelectual, el desarrollo introspectivo y de interacción con la realidad simbólica y material que este experimentado escultor ha tenido durante un tercio de siglo en relación con su entorno, con el pasado y el futuro. Lo vimos en sus "artefactos", máquinas que concibe con distintos materiales e instrumentos con la inquietud de crear lo no creado o desandar los caminos para darle nuevos sentidos, proyectando extraños instrumentos ajenos a una realidad o utilidad posible.

Toda obra es un texto y todo texto un lenguaje expresivo que nos acerca a distintas dimensiones significantes y realidades asimiladas o completadas por el espectador. En ese lenguaje de signos o señales que es el mundo de Edgar la metáfora o sentido poético tiene un papel importante. Guy Gauthier teórico de la imagen, apunta en su libro "Veinte lecciones sobre la imagen y el sentido"* que "la metáfora va más allá del espacio puramente descriptivo y del tiempo narrativo y anecdótico", esto permite observar que no hay una actitud de imponer un lenguaje preestablecido, más bien da la oportunidad de pasar u oscilar entre "la línea y el color, la recta o la sinuosidad de la curva, la profusión y la sobriedad" .

Ahora bien, entrando en las obras pictóricas de Zúñiga vemos que comunican un mundo no ordenado que recuerda el génesis o algunas obras de la cultura mesopotámica, por el acomodo de imágenes en el espacio en que los planos se ordenaban de acuerdo a condiciones jerárquicas, los reyes tenían mayor escala que los esclavos o los labradores de las tierras. En las pinturas de Edgar, las formas llenan todas las áreas, se alternan distintas categorías icónicas (imágenes) que la amarran a la obra escultórica del autor; formas que surgen o se pierden en un contraste predominante de claroscuros, en la mayoría de las obras no existe un punto focal de interés específico, más bien se nos muestran imágenes que accionan los planos pictóricos, la figuración en constante lucha con lo irreal, el dibujo en pugna con la mancha, figuras fantasmagóricas con objetos abstractos que intentan describir un desplazamiento de límites.

Este rompimiento con los límites hace de Zúñiga un artista con un lenguaje muy contemporáneo que fluctúa entre diversas fronteras: las de las distintas técnicas que ejecuta con dominio de escultor, entre la realidad y lo imaginado, entre planos espaciales y temporales.

Se siente una fuerte necesidad en el artista de liberar fuerzas intrínsecas que contienen los distintos niveles sensoriales en que está inmersa la humanidad, lo humano y lo espiritual, la realidad circundante y lo oculto que permanece en la memoria, el bien y el mal, la abstracción y la figuración que intentan desatar esa contención de formas, esa caligrafía personal de Zúñiga en un espacio atemporal de múltiples posibilidades interpretativas. En estas obras existen formas arquitectónicas sinónimo de la casa, de lo cálido, la protección, el seno materno o paterno, lo aprehendido, lo que nos mantiene atados a un pasado que se cree mejor, pero paradójicamente también existen dimensiones oscuras, insospechadas de difícil interpretación, que evocan miedo, insatisfacción, dolor, contradicción.

Así, en partes, van surgiendo los mundos que este autor ha penetrado con su imaginación, percepción y profundo sentido reflexivo; el mundo de lo humano, el mundo de lo trascendente, la mancha y la línea que sugieren o destacan

aquello que ha manejado desde siempre y son constante preocupación en su obra, el ser con sus continuas limitantes y controversias. Sin embargo, todo ese mundo desarticulado en apariencia nos lleva a enfocar la mirada hacia una doble intención en el autor y que se percibe en él cuando habla, es esa necesidad de instaurar lo que permanece en la memoria, de rescatar momentos más sublimes de la humanidad. Sin duda, existe “la necesidad de interpretar la realidad simbólica; que no es otra cosa que la incesante búsqueda y la continua inquietud de dar nuevos sentidos .a la vida, que pretende por medio del arte encontrar nuestra identidad” *.

En esta muestra pictórica predomina la gama de colores ocres, con algunos espacios planos de color fuerte (azul, rojo) que penetra la obra dando lugar a espacios u oquedades que figuran un mundo arquitectónico y espacial sin pretensiones de concretar una realidad de códigos asimilados o reconocidos, colocados en esa tensión por romper los límites como en “Ciudad perdida”, de técnica mixta de 1.50cms x 2 m. del año 2002..

Estas obras, en su mayoría de formato grande son una síntesis de esa personalidad reflexiva e inquieta que ha llevado a Edgar Zúñiga a crear desde obras inverosímiles en la nieve hasta conjuntos escultóricos de carácter urbano en una amalgama de líneas y espacios vacíos que sugieren al que observa la necesidad de detenerse, de involucrarse con ese mundo de signos que se desplazan de una región geográfica a otra para el conocedor, (Mesopotamia, Florencia, Roma, América prehispánica, América Colonial) o permite recrearnos con ese lenguaje “imaginero” con el que juega el pinto-escultor con su variedad de trazos e ideas siempre envolviéndonos en dimensiones ontológicas, el mundo del ser con sus grandes incógnitas.

Hemos visto parte de la estructura simbólica que Zúñiga ha construido, observamos los ladrillos, la argamasa, los andamios y las puertas que nos conducirán a reproducir o sentir un hecho estético, basta con que se produzca el asombro en nosotros.

Borges ha enseñado que por medio del lenguaje y sus leyes internas es posible acercarse al universo material y metafísico sin problemas, el problema está en someterlo a la racionalidad tradicional, a esa realidad que a veces confunde, a esa realidad confabulada con lo perentorio, el azar, las limitaciones, lo novedoso, que nos aleja de la perspectiva de formular nuestras propias realidades, tan lógicas y congruentes como lo permita el lenguaje de los signos.

Dinorah Carballo

Artista – Historiadora del Arte